

COMPOSICIONES VARIAS



EL BANQUETE DE LA VIDA

(Á MI EMINENTE MAESTRO EL SR. LIC. IGNACIO M. ALTAMIRANO,
COMO PRUEBA DE AFECTO.)

Maestro: con la faz descolorida,
medroso el corazón, turbado el juicio,
penetro en el banquete de la vida.

Allí se escucha el mundanal bullicio
y semejando néctar embriagante,
en copas de oro se desborda el vicio.

Allí los hombres, en su afán constante,
apurán ese néctar engañoso,
gota á gota, con ávido semblante.

Con ademán altivo y desdeñoso
brindando protección en la mirada,
ocupa el primer puesto el poderoso.

A su lado, se encuentra colocada
la avaricia, que luce sonriendo
su faz amarillenta y demacrada.

Allí esta la bajeza, departiendo
con la infame maldad y con la envidia
esa torpe pasión, que repartiendo

pesares y congojas, siempre lidia
contra goces ajenos, ocultando
en un cáliz de mieles su perfidia.

Y ¿no miráis, señor? allí llorando,
se encuentran la honradez y la pobreza,
las virtudes y el mérito, buscando

un mendrugo de pan, cuya dureza,
ablandan con el llanto, que copioso,
arranca de sus ojos la tristeza.

Del Justo se oye el grito generoso
de indignación, pero al instante muere
entre los ecos del festín ruidoso.

Alejarse, maestro, mi alma quiere
de esa turba falaz y fementida;
¡la paz mi pecho y la quietud prefiere!

Al buscar la ventura apetecida,
un encantado mundo de ilusiones
sus quiméricos goces me convida.

Quiero hundirme en las mágicas regiones
del poeta, y cantar con ese canto
música de elevados corazones.

Quiero que se mitigue mi quebranto
y embargarme en la hermosa poesía
que calma el padecer y endulza el llanto.

Desatar en raudales de armonía,
ese *algo* inexplicable y misterioso
que se agita en mi ardiente fantasía.

Poseer el acento melodioso
del aura que murmura entre las flores,
del arroyo que cruza el bosque umbroso,

y entonar suaves cántigas de amores
á la alondra robando su ternura,
sus trinos á los dulces ruisseñores.

Mas vos, que de la vida en la amargura,
me hacéis oír, templando mis agravios,
palabras de bondad y de dulzura;

ya que brota, señor, de vuestros labios,
á la par del cariño y el consuelo
la frase luminosa de los sabios,

para correr el tenebroso velo
de la ignorancia, dadme vuestra ayuda
del triste mundo en el estéril suelo.

¡El canto de los genios os saluda!
¡la luz inmarcesible de la gloria
ya vuestro nombre, de la muerte escuda!

¡Si el hilo de la vida transitoria
corta la Parca, su poder no alcanza
al hilo de diamante de la Historia!

Ya que ante vos la eterna lontananza
del inmortal se extiende, gozar quiero
al mirar vuestra dulce bienandanza;

mas ya que sois el roble, que altanero
irguiéndose en el bosque, desafia
de las borrascas el embate fiero

y yo el débil arbusto, que caería
del huracán al soplo, dadle abrigo
fuerte y seguro á la existencia mía;

á la vez que mi padre, sed mi amigo;
¡sirviéndome de egida vuestro aprecio
la dicha y el placer irán conmigo!

¿Qué me importa entre tanto el mundo necio
que el vicio ensalza y el deber olvida?
¡al mandarle en mis cantos mi desprecio,
me aparto del banquete de la vida!

México, 1886.



EN LA TUMBA DE MI MADRE.

(A MI QUERIDO AMIGO, FRANCISCO ALTÉS.)

Mirando en mi dolor que se derrumba
la fuerza que he mostrado al padecer,
me encuentro silencioso ante la tumba
de aquella madre que me diera el ser.

Y brota triste llanto de mis ojos,
siento en el corazón frío glacial;
¡de mi adorada madre los despojos
duermen bajo la losa sepulcral!

Ella, cuando era niño, con ternura
en su puro regazo me durmió,
hoy vago sin hogar y sin ventura,
¡descansa madre, mientras gimo yo!

Descansa siempre y en tu amante anhelo,
nunca te olvides, por piedad, de mí;
ah! si tras de esta vida existe un cielo
venga la muerte, para unirme á ti!

He buscado consuelo á mis dolores
y ya desvanecida mi ilusión

comprendo que en el mundo no hay amores
sino torpe interés y vil pasión.

Tratando de encontrar dulces placeres,
me doblego al destino, viendo al fin,
que por una sensible, hay mil mujeres
de duro corazón y alma ruín.

Sólo un cariño tuve: tu cariño,
sólo tuve un amor: tu dulce amor;
entonces fuí dichoso y era niño,
ahora soy hombre y muero de dolor.

Entonces niño, en mi pesar sin nombre
esta tumba también me vió llorar;
pasaron años...convertido en hombre
vengo un llanto más triste á derramar;

que el llanto de los niños da sosiego,
calma con su rocío el padecer,
¡las lágrimas del hombre son de fuego
y quemán las mejillas al correr!

.....

Ay! me queda tan sólo un buen amigo
en medio de mi triste soledad,
tú que me quieres, ven, á ser testigo
del llanto que he vertido en la orfandad;

serás tal vez el sólo que comprenda
la amarga intensidad de mi sufrir,
yo no quiero que el mundo me sorprenda
y al mirarme llorar, se eche á reir.

León, 1887.



LAS DOS ALMAS Y EL AMOR.

(Á JULIA Y JOSÉ.)

Almas que en vano en la tierra
buscáis encanto y ventura,
pues el mundo sólo encierra
llanto, dolor y amargura:

¿De dónde venís?—Del cielo.
—¿Venisteis á qué?—A vivir.
—¿Y qué hacéis en vuestro anhelo?
—¡Sólo llorar y sufrir!

UNA ALMA

—Juguete de la desdicha,
con la fuerza de un titán,
yo, por alcanzar la dicha
trabajo con duro afán;

mas ¡oh Dios! por donde quiera,
cual fantástica visión,
miro tras de una quimera
la sombra de una ilusión.

¡Ay!.... en mi dolor sin nombre
¿cuándo el gozo podré ver?

yo soy el alma del hombre
que no halla nunca el placer.

OTRA ALMA

—Yo vengo del infinito
y emanando del Creador,
para vivir, necesito,
paz, inocencia y candor.

Si soy tan bella y tan pura,
si mi destino es amar,
si á todos brindo ternura
¿por qué tengo que llorar?

Yo que sin paz y sin calma
en el mundo he de vivir,
soy de la mujer el alma
predestinada á sufrir.

—¡ Venid, con amantes lazos
para siempre os uniré,
y hallaréis entre mis brazos
lo que buscó vuestra fe;

veréis el mundo, risueño,
la grata ilusión, verdad,
y lo que antes era un sueño
convertido en realidad;

Por cada gota del llanto
que habéis llegado á verter,
gozaréis un nuevo encanto
entre inefable placer.

—¡ Oh genio! que en dulce hechizo
trasformas en bien, el mal,
y en hermoso paraíso
un infecundo erial;

que en uno fundes dos seres,
y haces placer el dolor,
dinos ¿quién eres? quién eres?....
—Soy el ángel del amor.



TU CANTO

(Á MI QUERIDA PRIMA, LA SEÑORITA VIRGINIA GALVÁN.)

Sólo tu voz tiene poder bastante
Virginia, con su mágica armonía,
para sembrar siquiera un solo instante,
en mi vida tan triste de estudiante
un poco de ilusión y poesía.
Canta, Virgen, los mágicos sonidos
con que llena los aires tu garganta
y que hacen conmover los corazones,
los umbrales del alma, en mis oídos,
pronto pasen, y en gratas sensaciones
y con dulzura tanta
la lleguen á envolver, que sin dolencia,
pueda olvidar, de gozo estremecida,
los punzantes abrojos de la ciencia
y los negros dolores de la vida.

¿Y qué es el canto? Universal lenguaje
para expresar el gozo ó la tristeza
que comprenden el sabio y el salvaje;

es la lengua de espléndida grandeza,
de inefables dulzuras y placeres,
que usa Naturaleza
para hablar con el alma de los seres.
¡Qué hermoso es escuchar á la alborada
trinar al ruiseñor en dulce anhelo,
el canto de la alondra enamorada
que lanza al aire lánguidas congojas,
el blando murmurar del arroyuelo,
el suspiro del viento entre las hojas,
y el mugido grandioso que dilata
la caída de inmensa catarata!
¡Qué música sublime, cuántas notas,
que brotan y que vibran y se mezclan,
que en el aire se mecen,
y un instante después se desvanecen
en un eco lejano,
que conmueve las fibras más ignotas
del corazón humano!

No cual trueno terrible,
sino como reunidos, concentrados,
los infinitos átomos vibrantes
de esas vagas y dulces armonías,
de esos ruidos gigantes,
y de ese eco lejano y apacible,
en una nota sola
inmensa, arrobadora, inconcebible
con un sonido al par sublime y tierno,
figuro así la voz con que el Eterno
hablara entre relámpagos y lumbre
del Sinaí, á Moisés, sobre la cumbre.

¡Ah! la música, el canto;
cuántas veces, Virginia, cuántas veces

ellos han aliviado mi quebranto
y han endulzado el cáliz de amargura
que he apurado en la vida hasta las heces;
canta, Virginia, canta y la tristura
nunca he de ver, y arrancarás á mi alma
su monótona calma,
haciendo que con éxtasis sublime,
dejando las miserias de este suelo
en alas de tu voz se eleve al cielo.

No dejes de cantar; ¡si me parece
que en un Edén quimérico me abismo
cuando escucho tu canto, y me estremece
tu hermosa voz, que encierra á un tiempo mismo:
trinos del ruiseñor en dulce anhelo,
de la alondra las lánguidas congojas,
el blando murmurar del arroyuelo,
y el suspiro del viento entre las hojas!